

La Villa-nía. Del Rendimiento en el Deporte a una Excesiva Positividad en la Recreación ¿Qué nos queda para la Contemplación? Interpretaciones desde Byung-Chul Han, Foucault y Unamuno

Leonardo Londoño López

Introducción

Recuerdo una popular serie de dibujos animados titulada los Padrinos Mágicos que eran poco de mi gusto. En retrospectiva, creo identificar el porqué. El villano no lo era por tener intenciones irracionales sobre los protagonistas, sino por conocer la verdad sobre ellos. Así que era un “villano” para quien debían ocultar una mentira. Los protagonistas debían defender la mentira, de modo que le crearon al profesor una perturbación en su conducta. Para todos los personajes de esa “sociedad”, las sospechas del profesor eran solo delirio y su paulatina manía se debía a su inestabilidad psicológica o excesiva envidia. Pero, en realidad, su trauma era simplemente por manipular su deseo por alcanzar **la verdad**. Lo anterior nos invita a reconsiderar la siguiente premisa: hoy, quien busque la verdad o al menos la verdad de sí mismo en la sociedad encantada de ideales mágicos de progreso, éxito, liderazgo, lo haría desde una defensa villana ante una sociedad *animada*¹.

1 Entendido en términos de superación personal y de positivismo excesivo.





En tal sentido, villano es quien busca la verdad de sí mismo en una ciudad encantada. Este texto es para discutir sobre tres villanos (filósofos) cuyas reflexiones nos sirven para repensar el actual encantamiento alcanzado por el uso del deporte y la positividad de la recreación, es decir, el deporte en relación con el rendimiento y el de la recreación, con el discurso optimista que se confunde con el de superación personal. Este texto en sí es una villa-nía, adquiere condición de villano por su interés en construir una *villa* crítica a la sociedad del rendimiento.

El primer villano a mencionar aquí es Byung Chul Han, quien observa una sociedad del rendimiento², es decir, una sociedad sin el aroma del tiempo pausado, reflexivo, contemplativo. Con lo anterior, podemos resaltar un hecho: el rendimiento no se ha quedado solo en una exigencia al deportista, sino que ha trascendido hacia una totalidad del comportamiento humano que, en términos del autor, sería una “máquina del rendimiento”³. Es más, complementando la idea de Han, es el constante entretenimiento del deporte lo que refuerza en el espectador la importancia sobre el rendimiento de su propia vida. Esto puede entenderse en relación con lo *idéntico*⁴, “yo no me diferencio de ese quien compite y disfruto seguirlo en mi ocio, sino que somos lo mismo”. En otras palabras, no hay una distinción, o un placer de “verme diferenciado a quien compite”, sino que me representa ante el ideal del rendimiento. Por eso, ya no hay una búsqueda de sí mismo, sino una dependencia de lo idéntico, generando depresiones al tener un alma quemada⁵ por el exceso de ser otro, imposibilitando la búsqueda del ser. Un otro que ni siquiera es real en la interacción humana desde la caricia, el diálogo, la mirada, sino en la cercanía de las narrativas televisivas, faranduleras; del consumismo. Y si, no obstante, hay caricias, diálogo bajo la mirada, es en medio de cuerpos entrenados o moldeados a la manera idéntica del consumo del espectáculo deportivo.

2 Byung-Chul Han, *La agonía del eros*, trad. de Raúl Gabás (Barcelona: Herder, 2014), 10-11.

3 Han, *La sociedad del cansancio*, trad. de Arantazu Saratxaga Arregui (Barcelona: Herder, 2012), 21.

4 Han, *La sociedad*, 7.

5 Han, *La sociedad*, 10.



Con lo anterior, hablar de idéntico no es relacionarlo con identidad desde Han, porque para él, estamos en una sociedad atomizada⁶ incapaz de una acción común, no hay un “tú” y un “yo” para la acción, sino un repetir, ni siquiera con la percepción de las personas en un tiempo continuo y progresivo, sino en una fragmentación de tiempo por la repetición tanto en los espacios de ocio como en los del trabajo: “La destrucción de las distancias espaciales, van de la mano con la erosión de las distancias mentales”⁷. Sin embargo, surge un fenómeno más contradictorio en este tiempo atomizado: la continuidad hacia una idolatría por el cuerpo. Aunque se queme el alma en una exigencia del rendimiento, en obediencia a los parámetros sociales, se vive en una depresión por la falta de búsqueda de sí mismo, y en su lugar, se lucha día a día para que el cuerpo le rinda a la nueva gran diosa de la actualidad: la Salud⁸. El conocer un dios, evocarlo, intentar acercarse, es una búsqueda que ayuda a un diálogo consigo mismo, a un intento de encontrar el sentido de la existencia de sí mismo. Pero cuando la salud se convierte en la diosa, entonces la búsqueda se torna aburrida. Paradójicamente, para Han la sociedad actual encuentra en la Salud el placer: un cuerpo tonificado, depilado, sin huellas de suciedad y con el terror a la lesión; condiciones que han transgredido para garantizar el éxito a la sexualidad⁹. Pero es aburrida desde la lectura filosófica de Han, pues el ser humano intenta satisfacer la búsqueda en una superficie de la vanidad del cuerpo. El placer aquí no se presenta como expresión negativa a condiciones positivas dentro de una sociedad disciplinada, sino como cumplimiento para ser parte de una sociedad del rendimiento. ¿Cómo es posible que en una sociedad del rendimiento, en la aceleración actual expuesta por Han en *El aroma del tiempo*¹⁰, agotado por el rendimiento, encuentre una satisfacción en los preceptos de la salud cuando al final es para tener la capacidad de rendir más? En otras palabras, ¿ser un esclavo de sí mismo al ser voluntario en una autoexplotación? Porque estamos en una sociedad en la que ha encarnado el “*you can*”. Para entenderlo, debemos conocer los diferentes

6 Han, *En el enjambre*, trad. de Raúl Gabás (Barcelona: Herder, 2014), 19.

7 Han, *En el enjambre*, 7.

8 Han, *La agonía*, 18.

9 Han, *La agonía*, 14.

10 Han, *El aroma del tiempo*, trad. de Paula Kuffer (Barcelona: Herder, 2015).



usos del verbo *poder* que en el castellano poco se diferencian. En alemán existen tres usos del verbo *poder*: *können*, *sollen* y *dürfen*. Mientras *sollen*¹¹ y *dürfen*¹² son condiciones propias de la negatividad¹³ desde otro que obliga, desde afuera del sujeto, como el deber o la prohibición (o en caso afirmativo, el permiso), el *können* es la respuesta interna de sí mismo como sujeto creador o el *poder* de la realización, del descubrimiento. Pero en la sociedad del cansancio, ese lema publicitario representa un sujeto creado para el rendimiento; un verbo que impone culturalmente que el rendimiento no tiene límites¹⁴. En otras palabras, volviendo a los Padrinos Mágicos, el profesor aún estaba en esa sociedad del disciplinamiento, el cual, por el trauma de no *poder* demostrar las capacidades sobrehumanas de los protagonistas, fue recluido a un espacio de control para la sociedad vigilante. ¡No podía y no debía hablar sobre esa verdad! Pero en esta sociedad real, las personas por medio del *können* ya no están limitados por las condiciones de un control externo, sino convertidos desde adentro autoexplotándose para evitar la vergüenza del fracaso: “yo puedo endeudarme, yo puedo trabajar y estudiar, yo puedo entrenar, yo puedo conquistar el mundo”.

Hoy, esos Padrinos Mágicos fueron abandonando una sociedad disciplinada y han pasado a una del rendimiento por medio de la biomecánica del deporte. Es la biomecánica, en pocas palabras, el saber que garantiza: “nada es imposible” en la alta competición. El profesor ya no desea demostrar la verdad, sino que quiere tener sus propios padrinos mágicos; es un paso de una sociedad disciplinada que lo recluía, a una sociedad que él *puede* (desde el querer) alcanzar. En el deporte es donde mejor se observa ese paso de la biopolítica en sentido foucaultiano a una sociedad del rendimiento. La biomecánica surge para intentar darle solución a un problema creado por la misma industria del deporte: las lesiones del cuerpo humano. Surge como una ciencia para resolver las consecuencias del mercado del alto rendimiento deportivo; una solución para no poner en riesgo la rentabilidad de ver a los cuerpos humanos como productos de la mercancía deportiva.

11 Entendida como aquel deber por obligación o convicción.

12 El permiso o prohibición para realizar algo, como el dado por los padres al joven.

13 Han, *La sociedad*, 9.

14 Han, *La sociedad*, 9.



Mientras la biopolítica del deporte en Colombia se usó de modelo para un eugenismo o representación de una raza más adecuada ante la imagen de una sociedad preparada para el mercado mundial¹⁵, o al menos para mostrarle al pueblo colombiano ejemplos aislados de deportistas quienes por sus propios medios salían adelante¹⁶, ahora el deporte es el mayor consumo para moldear el rendimiento.

Así pues, la biomecánica es el saber seguro para borrar los límites de la posibilidad de un cuerpo como el *diirfen*, es decir, el dolor deja de ser el aliado de la naturaleza para un cuerpo que tiene límites y, además, elimina el goce en la práctica del deporte. Para suplir ese faltante, se “perfecciona” el deporte por medio del espectáculo y hace de éste su foco. En ese diseño, reemplaza lo mágico o místico del juego por el objeto de idolatría para el consumismo. Ya no es un reflejo de alcance de virtud por medio de la disciplina y el goce, sino el afán por ser una celebridad. En la mayoría de los neonatos en la práctica deportiva, se anhela el deporte por la exhortación de la pomposidad del espectáculo. Es un nuevo hedonismo, un narcisismo con la peculiaridad de no tener un rostro propio, sino bajo la homogeneidad de ser un cuerpo modelo.

El consumismo aprovecha los cuerpos biomecanizados para usarlos de ejemplo de un cuerpo sano, enérgico, erótico, duradero, evidenciando el único nodo del placer con el que la publicidad manipula. Pero lo representa en medio de un entorno fragmentado, asincrónico, atomizado. Quienes no son deportistas, sin embargo, hacen lo posible para aparentar estos cuerpos biomecanizados.

Esa idolatría anterior por el cuerpo sano, hace la vida aburrida. Una evidencia más de ese aburrimiento es la dosis constante de positividad en el ser humano. A la manera de un *para un cuerpo sano una mente positiva*. Y así como el deporte refleja ese impulso

15 Jorge Humberto Ruiz Patiño, *La política del sport: élites y deporte en la construcción de la nación colombiana: 1903-1925* (Bogotá: Universidad Pontificia Javeriana, 2009), 106.

16 David Leonardo Quitián Roldán, “Deporte y modernidad: caso Colombia. Del deporte en sociedad a la deportivización de la sociedad”. *Revista Colombiana de Sociológica* Vol. 36, n° 1 (2013): 19-42.



de una diferencia entre la biopolítica a una sociedad del rendimiento, la recreación sirve de evidencia para notar los ejercicios de optimismo que hacen los usuarios en una sociedad del rendimiento. Sin embargo, en el sentido crítico del villano, el recrear es ambiguo en una sociedad desprovista de negatividad, porque el *dürfen* y el *sollen*, tal como se explicó anteriormente, eran acciones para representar una relación dialéctica entre el sujeto y la sociedad, pero que, en una sociedad del rendimiento, se eliminan al ser superados por el *können*. La recreación, así, ha estado contribuyendo para otorgarle mayor sentido subjetivo a este último verbo sobre el *poder*.

Todo profesional o practicante que recurre de este modo a la recreación, va siendo convertido a una sociedad del rendimiento, *recreando* su destino bajo la dosis de sonrisa y alegría. Y si los talleristas traen a colación palabras como sufrimiento, tristeza, duelo, las envuelven en mensajes de superación personal para aparentar felicidad. En palabras de Han, harían de los participantes turistas¹⁷ que simplemente pasan por emociones en un itinerario prefijado por los encargados del taller, pero sin identificar que la vida misma se siente como camino.

¿Cómo superar entonces esa auto-manipulación del *können* detectada especialmente en la práctica y consumo del deporte y en la recreación? Con lo anterior, se ha percibido un entorno inflado en un sistema que nos *apadrina*, hasta el punto de conjurar poderes para alcanzar la felicidad. En otras palabras, guías instrumentalistas sobre el cuidado de nosotros que surgen desde afuera por talleristas o entrenadores hasta in-corporarse en nuestra subjetividad.

Por tal motivo, volvamos a ese sentido del cuidado de sí, pero esta vez sin recurrir a ningún *poder apadrinador*, sino desde el esfuerzo de la contemplación de sí mismo. El detenernos en el cuidado de sí, es dejar de ser un turista en nuestras emociones negativas y pasar a ser un peregrino, entendiéndose como el andariego que viaja por lugares extraños de emociones conflictivas que ayudan a reflexionar las visiones ideales de vida; tal como quien anda en

17 Han, *La sociedad de la transparencia*, Raúl Gabás (Barcelona: Herder, 2013), 29



un *Aroma del tiempo*. El andariego no cae en una visión egoísta, sino que, bajo un trabajo (*askesis*) temprano de sí mismo¹⁸, se prepara para una vejez con obligaciones políticas. En esa vejez, como lo interpreta Foucault en la *Hermenéutica del Sujeto*, no existe una constante evocación al futuro incierto, sino un presente más suspendido¹⁹, es decir, una duración o demora, y no una muerte temprana que el joven o el adulto asumen por el hedonismo de un cuerpo enfocado en lo saludable.

Ahora bien, lo contrario a *askesis* -que aquí lo relacionamos con el trabajo de sí mismo- no es aplicable a los estatutos de salud para el rendimiento, debido a su constante temor de enfermarse para una sociedad del cansancio. El *trabajo* en una sociedad del cansancio no es, pues, la *askesis*, sino el *stultus*²⁰, que en comparación con el primero, no es político, sino que se trata de la ocupación de aumentar una fuerza de producción para rendir más sin inquietarse por sí mismo en esa irracionalidad del rendimiento. El *stultus* puede ser formado a nivel profesional por medio de un discurso del *können*, afectando ese caparazón natural que le permita revisar todo aquello que viole su cuidado de sí. Ese caparazón frente a las desavenencias es la experiencia del sujeto de sí mismo, la experiencia de la libertad, porque se enfrenta a la encrucijada de las decisiones, es decir, reconocerse como sujeto enfrentado a la encrucijada de las decisiones; protagonista del camino a tomar.

Sin embargo, volviendo a Han, estamos en una sociedad con la capacidad de formar y alcanzar saberes sin la necesidad de la vivencia de sí mismo, sino a partir de un bombardeo de experiencias fugaces con el fin de *sentirse cada vez con la capacidad de poder ser mejor*. Así, existe un saber, pero no sabiduría de sí mismo, pues el caparazón ha sido moldeado por esa excesiva positividad. En otras palabras, vamos a una *maduración laboral* porque el ritmo social nos ubica en medio de un camino ya trazado por el que se circula a la velocidad del turista contem-

18 Michel Foucault, *La hermenéutica del sujeto*, trad. de Horacio Pons (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), 34

19 Foucault, *La hermenéutica*, 85-86.

20 Foucault, *La hermenéutica*, 137



poráneo, sin la posibilidad de alguna encrucijada: miedos, pérdidas, dudas; todas ellas son incertidumbres necesarias para peregrinar.

Ahora bien, trascendiendo la reflexión sobre el *stultus*, es pertinente revisar cómo ha evolucionado en el quehacer cotidiano de la actualidad en el marco del concepto de *terapia*. En el deporte de alto rendimiento y en la recreación, parece que se ha enfocado el término de terapia en un solo sentido de tres posibilidades, según lo identifica Foucault²¹. En el primero, es en sentido de curación. Se asume como un ser humano carente ante las exigencias actuales, por lo que debe ser *curado*, modificándolo para evitar un mayor sufrimiento. Es decir, en un torneo o encuentro cosmopolita de competiciones el éxito está en una producción de nuevos récords; ya el amateur deja de ser el actor protagónico de estos juegos y lo que se exhibe es el alcance de un cuerpo adaptado, curado, pues de lo contrario no se alcanzaría el resultado. De un modo indirecto aparece el segundo sentido de *therapeuein*, concebido como la obediencia a un amo, siendo esclavo de sus mandatos, lo cual en este caso se refiere simplemente al rendimiento, al éxito, al liderazgo a quien se debe obedecer. Se obedece hasta el punto de asistir a universidades solo por el sentido común, de responder a cuestionamientos fugaces de asignaturas, de darle sentido solo ante el envilecimiento de una nota que puede ser cualquiera para alcanzar el promedio, sin que todo eso tenga un valor de verdad para el sujeto, un alcance para sí. Hasta podría tener más honestidad quien asiste solo por disfrutar de estar con amigos y solo hace lo suficiente para sobrevivir y no ser expulsado. Pero, por otra parte, Foucault nos recuerda un tercer sentido de *Therapeuein* al que le añade el término *heauton*, el cual es el rendirse culto a sí mismo, el servidor de sí. Y puede sonar inspirador, pero ¿hasta qué punto lo es en términos filosóficos y no cae en una sofistiquería de superación personal? En esa sofistiquería no hay una relación del sujeto y la verdad. Más bien se alimenta un encantamiento de frases para olvidar esa relación,

21 "... como saben, en griego *therapeuein* quiere decir 3 cosas: Quiere decir, por supuesto, realizar un acto médico cuyo objetivo es curar, sanar; pero *therapeuein* también es la actividad del servidor que obedece órdenes y sirve a su amo; y por último, *therapeuein* es rendir un culto. Ahora bien, *therapeuein heauton* significa a la vez: cuidarse, ser el servidor de sí mismo y rendirse culto." Foucault, *La hermenéutica*, 110.



y se vende una promesa de felicidad, la de un discurso caricaturizado como lo resalta Luciano en su obra *Sobre la muerte del peregrino*²²: hipócritas hablando de felicidad y sabiduría, pero a la vez adictos a la usura y a la querrela con otros filósofos. En el mismo sentido, para Foucault, el principio del cuidado de sí o la inquietud de sí no son una invención del pensamiento filosófico o un precepto, sino un valor ya constituido en la Grecia. Pero con la sospecha de Han de una sociedad del rendimiento, de una falta de aroma en el tiempo por tergiversar el valor de la contemplación, en la actualidad, la inquietud sobre sí se convierte en una posibilidad clara para diferenciarla de los discursos de superación personal que ahondan por doquier con el objeto de destruir el recubrimiento del sujeto y moldearlo a un *stultus*. Al haberse perdido esa constitución de valor, una de las tareas de la filosofía es recobrarlo como precepto.

Hasta el momento, hemos abordado dos villanos que reconocen a la filosofía para resaltar subjetividades que corrijan la actitud falta de criterio de sí a partir del *therapeuein heauton* y la *contemplación*. Podríamos detenernos un momento en los consejos de Epicuro y visualizar estos símbolos como ejercicios libertarios que trascienden la homogeneización de la sociedad del rendimiento, para acercarse a ejercicios de subjetividad a través de las expresiones humanas destacadas, es decir, aquellas que le son propias al ser humano y no derivan de las directrices del poder hegemónico.

Epicuro sostiene que el cuidado del cuerpo hace parte de un deseo natural y necesario, diferente a los que acompañan la felicidad y la vida misma. El camino de aprendizaje para el ser humano es detectar qué le es agradable por sí mismo y no por medio de alguna exhortación. Sólo así participa del goce, pero en tanto no cae en una perturbabilidad del alma²³. Por eso, para este consejero, necio es quien exhorta a otros a desear esto o aquello, como quien establece a los sujetos caminos prefijados de placeres

22 Luciano, *Obras III*, trad. de José Luis Navarro González (Madrid: Editorial Gredos, 1990), 55.

23 Epicuro, Carta a Meneceo, trad. de Pablo Oyarzún R. *Revista Onomazein*, vol. 4, (1999), 403-425.



acordes con la salud, con la condición de ciudadano, con la condición de héroe²⁴.

Además, Epicuro enseña cómo el ser humano aspira a asemejarse a los dioses, reconoce que no es divino, pero esa esperanza le permite ofrecer resistencia ante una naturaleza no totalmente dichosa y ni siquiera exenta de lo incorruptible. Es decir, se trata de un acercarse a lograr la superioridad, en el sentido de aceptar la convicción de que no somos divinos, de conocer nuestros placeres, aceptarlos y encontrar que todo deseo debe ser satisfecho con sensatez, he ahí la supremacía.

No obstante, en Epicuro, el ser humano aun con esa identificación propia de lo agradable, no deja de estar necesitado, un ser no liberado de lo que Foucault menciona: “una especie de obligación-endeudamiento con respecto a sí [...] en una especie de obligación-recompensa [...] un sistema de endeudamiento actividad-placer”²⁵. Porque el *stultus* no es solo quien está determinado por lo que proviene de afuera, sino también lo que viene del interior. Por eso el querer es un querer libremente, sin ninguna determinación.

Pero es una tarea propia el separarnos de este tipo de relación que está en nosotros mismos. Como una especie de contradicción, o tal vez de superación, pues al descansar de ella se contempla la naturaleza. Ante esta alternativa, mencionada de igual manera en Han como en Foucault, quiero regresar en el tiempo para conocer más qué es esto de una contemplación y si puede asumirse como una nueva forma de subjetividad sin caer en la positividad o en la sofisticuería.

Cuando mencionan la contemplación, caemos en el cliché de imaginar un sujeto aislado en la calma, fijando su mirada en un *Topos Uranos*. Pero es un cliché venido de la ilustración científica, intelectual y cartesiana, desde la cual se concibe al pensador como

24 Por ello, una revisión filosófica interesante estaría en invitar a los programas formativos en el saber del deporte y la recreación para identificar sus propios valores sin justificarse en lógicas de rendimiento o en estatutos terapéuticos de cuerpos carentes de lo competitivo.

25 Foucault, *La hermenéutica*, 265.



quien se aleja de las impresiones sensibles al ser caóticas y deficientes, para descubrir verdades. Sin embargo, con nuestro tercer villano, se puede evidenciar una contemplación caótica para la opinión científicista, una contemplación ruidosa, una dialógica entre varios *yos* y no un monólogo bajo una idea navegada; una contemplación que le pertenece a la subjetividad.

Con este tercer villano, se nota que esta subjetividad ha estado marginada en las aulas, lugares donde los cuestionamientos ingresan a través de libros de superación más que por el acercamiento a textos filosóficos que contienen en sí mismos un alto índice de contradicciones de sentido y que invitan a la contemplación de un *arbitrario*.

El discurso de los libros de superación personal no es arbitrario, sin embargo su falsedad está en aparentar ser un sistema coherente al estilo de una razón científica, simular un orden que edifica estatutos que a la vez son un breviario para un alcance de la *verdad de sí*. Con Unamuno -nuestro tercer villano- la arbitrariedad²⁶ es el método de la pasión y es la encarnación propia de la inquietud. Si el alcance de la verdad es a partir de una transformación necesaria venida de adentro por el sujeto, entonces no proviene del cálculo, de la claridad logística, porque en la interioridad no existe una celebración ordenada, sino, en particular, una inquietud encarnada. Para resaltar esta forma de contemplación, podremos enfocarnos en un cuento (o acaso ensayo, o reflexión u opinión) de Unamuno titulado *Intelectualidad y Espiritualidad*²⁷. Es allí donde se evidencia, mucho antes de Han y de Foucault, a un filósofo que sí defendía la actitud filosófica como el inquietarse; una contemplación filosófica nada fácil de convertir cuando el sujeto actual apela más a los discursos de falsos positivos justificando la tranquilidad y el manejo de emociones para una imperturbabilidad de la conducta en un frenesí laboral.

Comienza así el texto:

26 Miguel de Unamuno, *Sobre la europeización (arbitrariedades)*. Obras Completas III (España: Escelicer, 1966), 925.

27 Unamuno, Obras Completas I, 1137.



Llevaba unos días de dispersión espiritual, de estéril mariposeo de la mente; nada lograba interesarle; [cogía] un libro, abría, leía dos o tres páginas de él y tenía que cerrarlo, porque la atención se escapaba y derramaba; poníase a escribir, y tantas eras las cuartillas rotas cuantas eran las escritas. Y, sin embargo, nunca gozó de mejor salud, nunca se sintió tan henchido de sangre corriente y rica, nunca rimaron mejor su corazón y sus pulmones.

El contemplarlo todo, el conocimiento absoluto del mundo no es el propósito de una expresión digna del sujeto, no es la búsqueda de una panacea por tenerlo todo en la mente y transformar el entorno, sino un ir y venir, releer pasajes avivados para expulsarlo en la mirada haciendo suyo lo mirado y siendo de lo otro. No hay propósito racional puro, solo vagabundeo, peregrinación entre una idea, entre sucesos captados en la ventana hasta darles rima con citas de libros arrumados. La espiritualidad es un punto medio entre el encierro y el abrazo del mundo, sin la necesidad de una *ataraxia*, un imperturbable estado que evita el ritmo cotidiano en el cual estamos inmersos.

Decir “llevaba días de dispersión espiritual”, es la experiencia del alcance a la verdad, una experiencia que fue negada al profesor de los Padrinos Mágicos; de reconocerse a sí mismo endeudado u obligado con respecto a sí, y no modificado en un *stultus*. La *dispersión* puede simbolizar desorden para la ciencia moderna, pero aquí, con Unamuno, es apropiarse efectivamente de la pasión. O sea, más que hablar de imperturbabilidad del alma a modo epicureísta, sería lo contrario, la perturbación es el ejercicio de la contemplación, debido al viaje del peregrino contemplador recorriendo su propio mundo de miedos, tristezas e incertidumbres. Y en este ejercicio del caminar hacia sí mismo, de vagabundear-se, hay un encerramiento, se aísla quien contempla, pero -esto es importante- sin dejar de comulgar con el mundo, porque la vista es lo que se ablanda, no el espíritu.

En esa contemplación perturbada se revive una duración del tiempo repetitivo pasional y no como aquel movimiento gris de la rutina laboral. En el texto que menciono de Unamuno, se anuncia cómo aquel filósofo en su estado de encerramiento experimenta una duración al releer cada cita de libros amantes, agradecidos, recordadizos. Experimentaba esa vibración a lo largo del tiempo,



sin despojarse del pasado y sin desatenderse en su presente. Se extiende sin dejar de mirar lo que la ventana invita a recordar. Pero es mayor la perturbación cuando ese contemplar es para sí mismo; mientras a través de la ventana: el tejado, los jardincillos, las palomas, los gatos, no son él; un futuro abierto, incierto, pero por el efecto de la duración de releer citas los ablanda a la vista y se vive una cercanía, una identidad. Al fijar la mirada en sí mismo, en cambio, se experimenta un ritmo distinto en la identidad, más cercano a lo tormentoso. Se ve a sí mismo como un extraño, como en un espejo que refleja un cuerpo que, aunque se asume que es él, no deja de verlo con sospecha. Pero desde adentro, existe la posibilidad de un mejor reflejo: la escritura; porque en ella se construye, sin embargo, sin ser atrapado por un lenguaje comunal (del común); el escribir no solo para comunicar, sino también para comunicarse a sí mismo. Porque puede pasar que se comunica lo que el lenguaje engurre al pensamiento y no lo que se quería decir. Aquí hay una experiencia de la inquietud de sí; en este desdoblamiento de sí, en esa duda manifiesta de la falta de certeza sobre un yo habitándonos y en reacción ante vivencias fugaces por el ritmo vertiginoso del rendimiento, una escritura paradigmática puede ocultar este inquietarse.

Así, el lenguaje, la escritura, es cada vez más depurada para ser enseñada, para cometer menos errores y agilizar las publicaciones, los trabajos académicos. Cada vez, menos contradicción, menos “errores” entre preposiciones y sustantivos, siendo estos posiblemente la tinta del sujeto, intentando luchar por no ser reducido a un sentido mediado por un lenguaje cada vez más científico y metódico.

Si el espíritu quiere apoderarse de todo, y el mundo quiere introducirse todo en el sujeto ¿cómo el lenguaje, la escritura se hace propia si media el mundo? Unamuno, villano de la ciencia y del método, alza la voz para declarar que la mayor respiración del espíritu es la imaginación²⁸, y ella nos recuerda que el lenguaje es metafórico. La intelectualidad ya es una estructura, una logia para aprender y ser más seres pensantes y no carnales

28 Unamuno, *Intelectualidad y espiritualidad*. Obras completas I (España: Escelicer, 1966), 1137



(sárcinos)²⁹. Un pensamiento que adopta un lenguaje y aprende idiomas bajo esa logia, pero, aun así, no es en sí imaginación, porque la imaginación no va con lo dogmático. Quien piensa así, llega a ser el mejor de los normales. Ser carnales aquí, es ser sensibles sobre lo que nos pasa, y no darle la espalda al territorio de nuestra subjetividad: una villa a descubrir por la contemplación espiritual. Si defendemos la villa, entonces nos reconoceremos como villanos, es decir, habitaremos en nuestra propia villa. O de manera más puntual, una villanía sárcina.

Han y Foucault disertan sobre lo espiritual, el primero en el *Aroma del Tiempo* y el segundo en la *Hermenéutica del Sujeto*. Ambos expresan el valor de la transformación. En Foucault es el alcance de la verdad, mientras en Han es recuperar el tiempo y dotarlo de aroma por medio de la contemplación. Unamuno se anticipa a ellos dos, porque ya había señalado lo espiritual como la explosión de la imaginación, del juego del lenguaje por medio de la metáfora, pero, a diferencia de los dos villanos mencionados, Miguel de Unamuno explica que para mantener esa acción del sujeto en la contemplación debe retratarse **extraño**, villa-no ante los ojos de la intelectualidad o del consumismo. Extraño no solo de un cuerpo que siente miedos, nostalgias o iras, sino de ese mismo yo anhelando calma, coraje y tranquilidad. En ese mantenerse extraño, se expresa el sujeto con una pasión más original como habitante de carne y hueso en una historia y en una región. Entonces lo espiritual es el extrañamiento repentino o la contemplación de sí mismo; en esta experiencia de lo espiritual recurre a la imaginación para retratarse, notarse, siendo el lenguaje el mejor recurso, pero solo si mantiene ese nivel espiritual. Para mantenerlo, Unamuno propone el lenguaje expresado por medio de la imaginación.

Los poemas, las epopeyas, el teatro, son expresiones de un lenguaje espiritual, sin la logia intelectualista. Modos de representar situaciones que pueden identificarse libremente por cualquier sujeto, pero sin reducirlo a su propia realidad. No obstante, el rendimiento deportivo y la recreación positivada, fueron construyéndose bajo lemas de *poder (you can)*, pretendiendo

29 Unamuno, *Intelectualidad*, 1143



homogeneizar la experiencia subjetiva de sí mismo, lo cual fue materializándola desde un orden intelectual.

Ahora bien, si quisiéramos abandonar esta ciudad del rendimiento y dirigirnos hacia lo subjetivo desvistiéndolo de esa homogeneidad, sería pertinente recordar el título de esta disertación: *villa-nía*, entendida como aquel lugar donde los sujetos apartados de la ciudad del rendimiento, son habitantes de una villa subjetiva que resisten a dicha ciudad. Por tal motivo, se identifican como *villa-nos*, propios de una villa, que ante los ojos de la lógica de ciudad afanosa por el éxito y la producción en masa los señalarán de villanos, de antagonistas, de individuos con hambre de protagonismo en la sociedad del cansancio. Pero precisamente se trata de ser villano, propio de esa villa, sujeto que abandona las vestiduras del afán y que se desnuda ante sus perturbaciones, extrañamientos y metáforas. Un sujeto desnudo que contempla, no en un estado de calma, sino en una inquietud de sí, que precisamente la filosofía debe reclamar.

Allí, en esa Villa, se tiene resistencia, pero es una resistencia diferente al sentido exclusivo del rendimiento deportivo, el cual pretende armarse de paciencia, soportar las exigencias del entorno y realizarse como triunfador en una sociedad competitiva. En esa villa, se resiste precisamente a esos rendimientos, no se trata de aguantar, de ser el primero, sino ser uno, luchar por ser uno, sin desconocer los torbellinos sujetos al ser, a su historia, a sus circunstancias. Villano, de uno, de habitar esa villa que resiste a todo aquello que pretende uniformar sentidos y miradas. Por eso, como se dijo en un principio, este texto es una *villa-nía*.

Referencia

Epicuro, Carta a Meneceo, trad. de Pablo Oyarzún R. *Revista Onomazein*, vol. 4, (1999). 403-425.

Foucault, Michel. *La hermenéutica del sujeto*, trad. de Horacio Pons. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.

Han, Byung-Chul. *El aroma del tiempo*, trad. de Paula Kuffer. Barcelona: Herder, 2015.

-----*En el enjambre*, trad. de Raúl Gabás. Barcelona: Herder, 2014.

-----*La agonía del eros*, trad. de Raúl Gabás. Barcelona: Herder, 2014.

-----*La sociedad de la transparencia*, Raúl Gabás. Barcelona: Herder, 2013.

-----*La sociedad del cansancio*, trad. de Arantazu Saratxaga Arregui Barcelona: Herder, 2012.

Luciano, *Obras III*, trad. de José Luis Navarro González. Madrid: Editorial Gredos, 1990.

Quitián Roldán, David Leonardo “Deporte y modernidad: caso Colombia. Del deporte en sociedad a la deportivización de la sociedad”. *Revista Colombiana de Sociológica* Vol. 36, n° 1 (2013): 19-42.

Ruiz Patiño, Jorge Humberto. *La política del sport: élites y deporte en la construcción de la nación colombiana: 1903-1925*. Bogotá: Universidad Pontificia Javeriana, 2009.

Unamuno, Miguel de. *Intelectualidad y espiritualidad*. Obras Completas. Tomo I. España: Escelicer, 1966.

-----*obre la europeización (arbitrariedades)*. Obras Completas III. España: Escelicer, 1966.